

LA APARICIÓN

Rüdiger Keller nunca habría imaginado que a sus más de ochenta años volvería a ver a sus padres, menos aún cuando habían pasado décadas desde su muerte. Sin embargo, ahí estaban. Delante de sus narices. Igual que el día anterior. Y el día antes. Exactamente igual que la última vez que los vio.

Eso es lo que le contó a su agente, en un estado de alteración pocas veces visto en él, cuando le llamó por teléfono a altas horas de la noche.

Josh Brod, acostumbrado al parecer a la peculiar visión del mundo de su representado, se limitó a escuchar con toda tranquilidad que llevaba toda la vida jugando al escondite con esa imagen, que por fin había tenido el coraje de mirarla de frente, que se lo debía a Erika, su hermana.

Esa forma de hablar era típica de él. Más sorprendente, en cambio, era el tono solemne en que lo hacía. Keller era una de esas personas tan distanciada de sí misma que podía asistir entre risas a sus propios tropiezos. Esta vez se trataba de algo serio.

—Hasta ahora me había dado miedo mirar. Hay imágenes que una vez que llegan al cerebro lo destruyen por completo. Ésta en concreto se ha espesado tanto que ahora es como un trombo. Podría volverme loco sólo mirándola. ¿Qué? No, no,

esto no tiene nada que ver con el Holocausto. ¡Por Dios, estamos en 2018! A estas alturas, eso está más que trillado, ¿no crees? Y tampoco me siento legitimado, la verdad. ¡¡Que no!! ¿Cómo quieres que te lo diga, Brod? No va de eso. Tiene que ver con mi familia.

Fue esa palabra, *familia*, la que dio paso a un largo silencio por parte de Brod. En labios de Keller el término «familia nuclear» tenía más de bomba que de hogar, más de Hiroshima que de matrimonio congregado felizmente en torno a una mesa. Alguna vez le había dicho que los padres, hasta los mejores padres del mundo, eran vectores de transmisión. De genes, mejores o peores, pero también de ideas, retrógradas en mayor o menor medida, cuando no directamente perjudiciales para la salud.

—Pensé que había llegado la hora. No me queda mucho tiempo en realidad. Por eso hace unos días activé el *servicio de imaginaria*. *La ronda de noche*, ya sabes. Te pasas la noche en vela hasta que aparece algo. Al principio no pasó nada, pero luego ahí estaban. De mi padre apenas me acordaba. Prácticamente lo conocía de oídas. Recuerdo cosas aisladas. La hebilla de un cinto que, por alguna razón, mostraba orgulloso. Los cortes en la mejilla. Solía cortarse al afeitarse y a mí me causaba bastante impresión ver la sangre roja extenderse sobre su rostro. De madre recordaba detalles sueltos. El pelo, los ojos, las manos. Es como si los estuviera viendo. Para mí, ambos eran bastante incorpóreos. Hasta ahora. No conservo ninguna foto de ellos, así que verlos ahí ha sido como darme de bruces contra la Santa Faz.

—De acuerdo —dijo Brod sin entender nada.

—Ya no hay vuelta atrás, me temo. Su imagen ha volcado del lado de la realidad.

—Intenta dormir un poco. Mañana me paso a ver qué tienes.

—Ni se te ocurra. Dame unos días. Quiero tener la imagen más depurada. Pásate a finales de semana. Así podrás hacerte una idea más clara.

En el mismo plano de realidad, aunque hasta cierto punto en un mundo incomunicable, se encontraba Husserl. Solía dormir con un ojo abierto, pues estaba en su naturaleza vigilar, y la mención a Erika lo había hecho despabilarse del todo.

El hombre —Keller— llevaba días comportándose de un modo extraño. Había cerrado la casa a cal y canto. Había bajado todas las persianas y tapado todas las rendijas, por lo que incluso para él era complicado distinguir el día de la noche. Salvo por los ruidos, claro. Durante el día esa parte de Berlín era relativamente tranquila; por la noche era otra historia. Los olores eran también muy distintos. Por la mañana le llegaba el aroma de la fruta fresca, las aceitunas, la menta o la paprika que se vendía en el mercado. Con la oscuridad, en cambio, los contenedores se llenaban de bolsas de basura, uno de sus olores favoritos junto al de las hojas amontonadas en el parque o el de los excrementos de sus congéneres, los cuales, por cierto, eran cada vez menos habituales en las aceras (y era una pena). Cualquier hedor capaz de velar el propio era bienvenido, a saber por qué. También le gustaba mucho el olor de la ropa de Erika antes de lavarla. Solía revolcarse con gusto en ella; disfrutaba braceando entre blusas, vestidos y pijamas... Pero ahora ya no estaban.

La misma riqueza olfativa se apreciaba en los sonidos. En el barrio se hablaba turco, griego, árabe y otros tantos idiomas y dialectos que no comprendía, además de alemán e inglés. Aunque no podía entenderlo, los intercambios *As-salāmu 'alaykum - wa-'alaykumu s-salāmu* eran cada

vez más habituales en el portal; de noche, en cambio, todos hablaban el mismo idioma, un idioma que le resultaba más familiar: los ronquidos, los ahhhhhhhhhh, los ohhhhhh o los mmmmmm eran iguales en todas las casas. Y luego estaba ese tic, tac, tic, tac... Ese ruido incesante, que provenía de la mano del hombre, le ponía nervioso, especialmente por la noche, hasta el punto de no poder dormir. Por eso cualquier palabra que le distrajera del dichoso tictac, más aún si hacía referencia a su querida Erika, era para él bienvenida.

Por supuesto, no entendía qué se traía Keller entre manos. Se pasaba las noches en vela con los ojos bien abiertos, como si esperase que algo o alguien se cruzase en su campo de visión. En eso los dos se parecían. Husserl era muy sensible a los cambios de iluminación, así que no le había pasado desapercibido que el anciano hubiera colocado varios puntos de luz dispersos por toda la habitación. Después se había quedado de pie frente a algo que había dispuesto en medio del cuarto, y había permanecido así, aparentemente inmóvil y a una distancia prudencial, durante varias secuencias día-noche, día-noche, día-noche. Sólo salía de allí para comer algo, ir al baño o sacarle a dar un paseo.

Pero hacía un rato los ojos del hombre habían empezado a moverse a toda velocidad, como si estuviera viendo algo, muchas cosas a la vez, y se estuviera desplazando por algún lugar que desde ahí no se podía ver. Husserl notó entonces un olor peculiar en sus manos, especialmente entre los dedos. También advirtió un líquido oloroso en la comisura de su boca, similar al que emitía él al ver un trozo de carne.

Acto seguido, el anciano se puso lentamente en movimiento. El objeto que sostenía entre sus dedos era parecido, aunque más fino, al que Erika y Paul solían utilizar para jugar con él en el parque. Solían tirarlo bien lejos para que fuera a por él y se lo devolviera. La diferencia era que este hombre no

lo soltaba. De hecho, parecía ser una extensión de su propia mano. De repente, con mucha suavidad, comenzó a deslizarlo por la superficie colocada en medio de la habitación. Poco a poco, algo empezó a aparecer sobre ella de forma muy tenue.

De haber habido otro observador humano en aquella escena, es posible que hubiera pensado en un sismógrafo. La mano de Keller se movía como si hubiera detectado un lejano temblor procedente de sus profundidades, tan leve como el que origina un deslizamiento de tierras debido al deshielo. Pero allí sólo estaba Husserl y lo único que él notaba era que el brazo de aquel hombre se movía lentamente hasta que, al cabo de un buen rato, se detuvo en seco. El anciano dio entonces un par de pasos atrás y se sentó en el suelo.

Husserl estaba siendo testigo sin saberlo de un momento mágico. Estaba presenciando el instante exacto en que lo invisible se vuelve visible. Un instante sólo comparable al momento en que la clara de huevo del cuadro de Velázquez pasaba de un estado líquido a uno sólido: lo inmaterial se estaba materializando ante él.

Sin embargo, desde la posición en que se encontraba, y en esas condiciones lumínicas tan particulares (de un tiempo a esa parte estaba, además, perdiendo facultades), a sus ojos no eran más que dos siluetas grises prácticamente indistinguibles de la oscuridad que las rodeaba. Tendría que esperar al amarillo pálido del amanecer para sacar algo en claro. En ese momento los azules y amarillos volverían a posarse sobre las cosas y todo se vería de un modo distinto.

En las horas que siguieron a aquella llamada, las figuras fueron reforzando su presencia. Los pigmentos se fueron asentando, las siluetas fueron cogiendo cuerpo. La materia, en definitiva, estaba haciendo su trabajo.

Husserl vio otra figura en ciernes. Era evidente que se había quedado dormido, pues antes no estaba. El nuevo contorno sobresalía del resto pese a su estado, todavía muy rudimentario. Eran apenas unos trazos en distintos tonos amarillos más o menos pálidos, como una especie de aura. Lo curioso es que le resultaba bastante familiar. Lo que le descolocaba era su tamaño. Era más pequeña, pero los ojos eran inequívocamente suyos.

Keller vio en la mirada soñadora de Husserl que la había reconocido. Sus ojos estaban como recién barnizados. De ahí en adelante, no pasaría las horas ante la puerta esperando a Erika: se pasaría las horas sentado frente al cuadro.